

ÉMILE ZOLA

*Por una noche de amor*  
*(y otras historias)*

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA





Por una noche de amor  
(y otras historias)

Grandes Clásicos

Émile Zola

Por una noche de amor  
(y otras historias)

Traducción y postfacio  
de Gonzalo Gómez Montoro  
y Rubén Pujante Corbalán



Primera edición: abril de 2016

Títulos originales: *Naïs Micoulin*  
*Madame Neigeon*  
*Pour une nuit d'amour*  
*Madame Sourdis*

© de la traducción de *Naïs Micoulin* y *La señora Neigeon*  
y del postfacio: Gonzalo Gómez Montoro, 2016  
© de la traducción de *Por una noche de amor* y *La señora Sourdis*  
y del postfacio: Rubén Pujante Corbalán, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016  
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FC  
ISBN: 978-84-944443-8-8  
Depósito Legal: M-11602-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: James Tissot, *A Passing Storm* (1876)

Impresión y producción gráfica: Nilo Industria Gráfica, S.A.

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Por una noche de amor  
(y otras historias)





Naïs Micoulin





# I

**E**n la temporada de recogida de la fruta, una niña de piel morena y pelo negro enmarañado se presentaba todos los meses en casa de un procurador de Aix, el señor Rostand, con una enorme cesta de albaricoques o melocotones que le costaba trabajo llevar. Se quedaba en el amplio vestíbulo, donde bajaba toda la familia en cuanto la avisaban.

—¡Ah! ¿Eres tú, Naïs? —decía el procurador—. Nos traes la cosecha. Vaya, qué buena chica eres... Y el compadre Micoulin, ¿cómo está?

—Bien, señor —respondía la pequeña, enseñando sus blancos dientes.

Entonces, la señora Rostand la hacía entrar en la cocina, donde le preguntaba por los olivos, los almendros y las viñas. Lo fundamental era saber si había llovido en L'Estaque, la parte del litoral donde los Rostand tenían su finca, La Blancarde, que

cultivaba la familia Micoulin. Allí solo había algunas docenas de almendros, viñas y olivos, pero el asunto de la lluvia no dejaba por eso de ser vital en esta región que se muere de sequía.

—Han caído algunas gotas —decía Naïs—. La uva necesitaría agua.

Luego, tras haber dado las noticias, se comía un pedazo de pan con un resto de carne, y regresaba a L'Estaque en el carro de un carnicero que iba a Aix cada quince días. También solía llevar marisco, una langosta o algún buen pescado, pues Micoulin pescaba aún más que labraba. Cuando Naïs acudía en periodo de vacaciones, Frédéric, el hijo del procurador, bajaba de un salto a la cocina para anunciarle que la familia iba a instalarse pronto en La Blancarde, y le encargaba que preparase sus redes y sus cañas. La tuteaba porque había jugado con ella de pequeño. Solo desde que tuvo doce años le llamaba ella «señorito Frédéric», por respeto. Micoulin la reprendía cuando la oía tutear al hijo de los amos, pero eso no impedía que ambos fuesen muy buenos amigos.

—Y no te olvides de remendar las redes —repetía el estudiante.

—Descuide, señorito Frédéric —respondía Naïs—. Ya estarán listas cuando vengan ustedes.

El señor Rostand era muy rico. Había comprado a bajo precio un magnífico palacete en la rue

du Collège. El palacete de Coiron, construido a finales del siglo xvii, mostraba doce ventanas en la fachada y habitaciones suficientes para alojar a una comunidad entera. En medio de aquellas inmensas estancias, la familia, compuesta por cinco personas, contando dos viejas criadas, parecía perdida. El procurador solo ocupaba el principal y, tras haber ofrecido en alquiler el bajo y el segundo piso durante diez años sin encontrar inquilino, había decidido cerrarlos y abandonar las dos terceras partes del palacete a las arañas. El palacete, vacío y sonoro, tenía ecos de catedral al menor ruido que se producía en el vestíbulo; un enorme vestíbulo con un hueco de escalera gigantesco, donde hubiera podido construirse con holgura una casa moderna.

Al día siguiente de su adquisición, el señor Rostand dividió en dos con un tabique el gran salón de honor: un salón de doce metros de largo por ocho de ancho, iluminado por seis ventanas. Luego instaló allí su despacho en un compartimento, y en el otro, el de sus pasantes. El primer piso tenía otras cuatro habitaciones, la más pequeña medía cerca de siete metros de largo por cinco de ancho. La señora Rostand, Frédéric y las dos viejas criadas ocupaban unos cuartos de techos altos como capillas. A fin de facilitar el servicio, el procurador se había resignado a convertir en cocina un antiguo tocador, pues antes, cuando usaban la cocina del bajo, los platos

llegaban completamente fríos tras haber atravesado la humedad glacial del vestíbulo y de la escalera. Pero lo peor de todo era la austeridad con que estaba amueblada la desmesurada vivienda. En el despacho, un mueble antiguo, verde, tapizado en terciopelo de Utrecht, se hallaba alejado de un sofá y de ocho sillones estilo Imperio, de maderas recias y tristes; un veladorcito de la misma época parecía un juguete en medio de la inmensidad de la habitación; encima de la chimenea solo había un horrible reloj de sobremesa, de mármol moderno, entre dos floreros; mientras que las baldosas, pintadas en rojo y lustradas, relucían con duros reflejos. Los dormitorios estaban más vacíos aún. Se notaba en ellos el tranquilo desdén que las familias del Midi, incluso las más ricas, muestran por la comodidad y el lujo en esa dichosa comarca soleada donde se vive al aire libre. Los Rostand no eran en absoluto conscientes de la melancolía, del frío mortal que desolaba aquellas grandes salas, cuyo aspecto triste parecía acrecentado por la escasez y la pobreza de los muebles.

El procurador era, sin embargo, un hombre muy hábil. Había heredado de su padre uno de los mejores bufetes de Aix, cuya clientela él hacía aumentar gracias a una actividad intensa en aquella región indolente. Bajo, nervioso, con fina cara de comadreja, se dedicaba a su bufete con pasión. El cuidado de su fortuna le ocupaba por comple-

to, y ni siquiera hojeaba un periódico durante las pocas horas de ocio que pasaba en el Casino. Su mujer, por el contrario, tenía fama de ser una de las señoras más distinguidas e inteligentes de la ciudad. Su apellido de soltera era De Villebonne, lo que le proporcionaba una aureola de dignidad pese al casamiento desigual. Pero su rigorismo era tan exagerado, cumplía sus deberes religiosos con tanta disciplina, que parecía haberse secado en la metódica existencia que llevaba.

En cuanto a Frédéric, crecía entre aquel padre tan ocupado y aquella madre tan rígida. Durante sus años de instituto fue un mal estudiante redomado que temblaba ante su madre, pero le repugnaba tanto estudiar que, por las noches, en el salón, pasaba horas enteras sin levantar la nariz del libro, aunque sin leer una sola línea, con la mente en otra parte, mientras sus padres al verlo pensaban que estudiaba la lección. Irritados por su pereza, lo pusieron interno en el instituto, pero el joven, encantado de no sentir el peso de miradas severas, no estudió más que antes, por estar menos vigilado que en casa. Alarmados por los aires desenvueltos que se daba el muchacho, terminaron por sacarlo del internado para tenerlo de nuevo bajo su férula. Terminó los dos últimos años de estudios tan vigilado que al final no tuvo más remedio que trabajar: su madre examinaba sus cuadernos, le obligaba a

recitar las lecciones y estaba siempre detrás de él, como un guardia. Gracias a esta vigilancia, Frédéric solo suspendió dos veces en los exámenes finales de bachillerato.

Aix posee una Facultad de Derecho famosa donde, naturalmente, se matriculó el hijo de los Rostand. En esta antigua ciudad parlamentaria casi no hay más que abogados, notarios y procuradores, agrupados en torno al Palacio de Justicia. Así que, quien más quien menos estudia leyes, aunque luego se dedique a plantar berzas. Frédéric continuó con su vida de instituto, estudiando lo menos posible y tratando simplemente de hacer creer que trabajaba mucho. La señora Rostand, muy a su pesar, había tenido que concederle más libertad. Frédéric salía ahora cuando quería, sin más obligación que estar en casa a las horas de comer: por la noche debía recogerse a las nueve, salvo los días en que le permitían ir al teatro. Entonces empezó para él esa vida de estudiante de provincias, tan monótona, tan llena de vicios, cuando no se consagra totalmente al estudio.

Hay que conocer Aix, la tranquilidad de sus calles, donde la hierba crece, el sopor que adormece a toda la ciudad, para comprender lo vacía que es la vida que allí llevan los estudiantes. Los que estudian tienen el recurso de matar el tiempo delante de los libros. Pero los que se niegan a seguir las clases con seriedad no tienen más refugio contra el hastío



que los cafés donde se juega, o ciertas *casas* donde se hacen cosas aún peores. Resultó que el joven se convirtió en un consumado jugador; pasaba la mayor parte de las veladas jugando, y las acababa en otros sitios. Su sensualidad de muchacho fugado del instituto lo abocaba a las únicas perversiones que podía ofrecer la población, una ciudad donde faltaban las chicas libres que en París pueblan el Barrio Latino. Cuando ya no le bastó con las veladas, robó una llave de la casa para disponer también de las noches enteras. Así pasó felizmente sus años de estudiante de Derecho.

Por lo demás, Frédéric había comprendido que debía aparentar ser un hijo obediente. Había aprendido poco a poco la hipocresía propia de un chiquillo dominado por el miedo. Su madre se sentía entonces satisfecha: él la acompañaba a misa, se comportaba correctamente, le contaba sin inmutarse mentiras enormes que ella aceptaba por su aspecto de buen chico. Y adquirió tal habilidad que nunca se dejó atrapar: siempre encontraba una excusa o inventaba de antemano historias inverosímiles para proveerse de argumentos. Pagaba sus deudas de juego con dinero que tomaba prestado de sus primos, y mantenía una contabilidad de lo más complicada. Una vez, después de una ganancia inesperada, llegó a realizar su sueño de pasar una semana en París, haciéndose invitar por un amigo que tenía una finca cerca del Durance.

Debe decirse también que Frédéric era un joven guapo, alto y de facciones regulares, con una espesa barba negra. Sus vicios le hacían simpático, sobre todo entre las mujeres, y se comentaban sus buenos modales. Las personas que conocían sus embustes se reían un poco; pero como tenía la decencia de ocultar esta mitad dudosa de su vida, había que agradecerle que no alardease de sus desmanes, como sí hacían algunos estudiantes groseros que escandalizaban a la ciudad.

Frédéric iba a cumplir veintiún años, y pronto pasaría sus últimos exámenes. Su padre, joven aún y poco dispuesto a cederle ya el bufete, quería propulsarlo a la fiscalía. Contactaría con sus amigos de París para que le consiguieran un puesto de adjunto al fiscal. El joven no se negaba: nunca se enfrentaba a sus padres abiertamente; pero su sonrisita indicaba su firme intención de prolongar la cómoda haraganería en la que tan a gusto se encontraba. Su padre era rico y él era hijo único; así que ¿por qué iba a esforzarse? Entretanto, fumaba puros en el paseo Mirabeau, iba a los tugurios cercanos a correrse juergas y frecuentaba diariamente a escondidas casas de mala fama, todo lo cual no le impedía obedecer a su madre y colmarla de atenciones. Cuando alguna francachela más alocada que las demás había descoyuntado sus miembros y comprometido su estómago, regresaba al inmenso

palacete gélido de la rue du Collège, donde descansaba a sus anchas. El vacío de las habitaciones, el severo tedio que se desprendía de los techos le parecían de una fresca relajante. Allí se reponía, haciéndole creer a su madre que se quedaba por ella, hasta el día en que, recuperada la salud y el apetito, maquinaba alguna nueva escapada. En resumen, era el mejor muchacho del mundo mientras no le quitaran la diversión.

Naïs, entretanto, iba todos los años con sus frutas y pescados a casa de los Rostand y, cada año, iba creciendo. Tenía casi exactamente la misma edad que Frédéric, unos tres meses más. La señora Rostand siempre le decía:

—¡Qué mayor que te haces, Naïs!

Y Naïs sonreía enseñando sus blancos dientes. Frédéric no solía estar en casa. Pero un día de su último año de Derecho, mientras salía, vio a Naïs, que estaba de pie con la cesta en el vestíbulo, y se detuvo, impresionado. No reconocía en ella a la muchacha alta, delgada y desgarbada que había visto el año anterior en La Blancarde. Naïs estaba preciosa con su cara morena bajo el casco oscuro de sus espesos cabellos negros; tenía anchos hombros, cintura redonda y brazos magníficos cuyos puños desnudos enseñaba. En un año se había desarrollado como un árbol recién plantado.

—¡Eres tú! —balbuceó.

—Pues sí, señorito Frédéric —respondió ella, mirándolo a la cara con sus grandes ojos, donde brillaba un fuego sombrío—. Traigo erizos de mar... ¿Cuándo van a ir? ¿Hay que preparar las redes?

Él la seguía contemplando y murmuró sin que pareciera haberla oído:

—¡Qué guapa estás, Naïs...! Pero ¿cómo es posible?

El cumplido la hizo reír. Luego, cuando él le cogió las manos como jugando, como hacían en otro tiempo, se puso serio y le tuteó bruscamente, diciéndole en voz baja y algo ronca:

—No, no, aquí no... ¡Cuidado, que viene tu madre!

## II

Quince días más tarde, la familia Rostand partía para La Blancarde. El procurador aguardaba a que empezasen las vacaciones de los tribunales. Además, era muy agradable pasar el mes de septiembre a la orilla del mar. Se acababa el calor entonces y las noches tenían una frescura deliciosa.